

## **AHORA VEO CLARO**

*por Francisco-Manuel Nácher*

Durante los años de "vida activa" caí, porque era la moda, en la absurda creencia de que los títulos académicos lo eran casi todo si no todo. Y me afané por obtener los que estuvieron en mi mano. Luego, me sumergí en la vida empresarial hasta mi jubilación. Pero no sin aprovechar los pocos vacíos de tiempo para seguir acaparando títulos y diplomas y conocimientos profesionales.

¿Y qué?

Ninguna de esas cosas me ha hecho mejor ni ha añadido un ápice a mis capacidades. Me refiero a mis capacidades verdaderamente importantes: el pensar en los demás, el tender la mano, el confiar en que me la tiendan, el tener amigos, el respetar a todos, el predicar con el ejemplo, el ser honesto, honrado, formal, puntual, cumplidor y fiable, el asumir mis responsabilidades, el disculpar, el ofrecer segundas y aún terceras oportunidades, el pensar que yo podría - si el destino o el azar o Dios así lo hubieran querido - ser mi subordinado o mi jefe o mi vecino o mi cliente o el pobre que me pide limosna o el alcohólico o el drogadicto o, incluso el delincuente...

No. Ninguno de mis títulos me dio nada que ahora, ya de vuelta, pueda valorar como interesante, útil, compensatorio del esfuerzo que exigió... salvo la convivencia con mis condiscípulos de cada materia estudiada.

Lo que verdaderamente me ha hecho como ahora soy han sido: las tendencias que traje al nacer; los consejos y, sobre todo, los ejemplos de mis padres y abuelos; las ideas que me inculcaron algunos de mis maestros durante la adolescencia y que supieron encender la mecha, que yo ya traía preparada, para hacerme preguntas y encontrar respuestas (pero no preguntas científicas ni siquiera culturales, sino preguntas mucho más sencillas, más fáciles y por ello más, mucho más difíciles de responder, por ejemplo, el sentir la angustia de la vida, que se nos pasa sin haber hecho nada verdaderamente satisfactorio; el no saber realmente quién soy y qué hago aquí y ahora y qué se espera que haga, si es que se espera que haga

algo...); y la convivencia, las afinidades y las diferencias, las amistades y las enemistades, los sueños compartidos y las aventuras en colaboración...

Cuando uno, por obra de los años, tiene que renunciar ya a muchas cosas que poco antes parecían importantes, la escala de valores, hasta entonces mal estructurada y vacilante, va centrándose, endureciéndose, cristalizando y hasta explicándose por sí misma. Y uno mira hacia atrás y comprende muchas cosas, muchas más de las que esperaba comprender. Y ve el juego de las leyes naturales en su tesonero afán de enderezar nuestros rumbos equivocados. Y comprende dónde y cuándo falló y por qué luego eso produjo sus consecuencias, que unas veces le sorprendieron y otras le decepcionaron pero siempre fueron lecciones de vida interesantes y necesarias.

Lo cierto es que, como casi todos, estuve tan preocupado por "caminar" que no me paré a determinar en qué sentido debía ni quería hacerlo. Con lo cual malgasté esfuerzos, energías, tiempo e ilusiones, y mi recorrido fue mucho más errático de lo que podría haber sido, visto desde mi postura de hoy.

Contemplada así la vida, a posteriori, cuando hemos comprendido su funcionamiento y nos hemos familiarizado con el secreto de la urdimbre que la compone, resulta la cosa más interesante que imaginarse pueda.

Y, en ese momento estoy. Y soy feliz. Y no me da rebozo reconocerlo. Y no es que no tenga problemas, sino que ya no los veo como tales. Me he encontrado a mí mismo y me siento a gusto. He podido reconocer mis errores y comprender por qué lo fueron. He visto pasar por mi vida seres queridos, parientes, amigos y enemigos y aún desconocidos. Y me he dado cuenta del papel que todos ellos jugaron en mi formación, y a todos se lo he agradecido. He visto nacer nuevas generaciones dispuestas, como la mía, a cometer toda suerte de tonterías para, un día - generalmente demasiado tarde - darse cuenta y hasta arrepentirse de ellas.

Y uno comprende que no se trata de que cada generación sea, digamos, nueva, y de que cometan todas los mismos errores. No. La cosa es mucho más sencilla, lógica, aclaratoria e interesante: Cada generación está compuesta por seres que alcanzaron en vidas anteriores el nivel que les permitirá nacer, siglos más tarde, formando otra nueva generación. Por supuesto, todas cometerán errores, todas aprenderán a lo largo de su vida, pero cada una trae sus enseñanzas anteriores asimiladas y cada una comete distintos errores, porque para eso las condiciones sociales, culturales,

climáticas, etc. han cambiado entretanto, de modo que cada vez se pueden aprender nuevas lecciones de vida aún no dominadas.

Nos sucedemos, pues, a nosotros mismos. O, mejor dicho, a nuestros hijos o a nuestros nietos o descendientes que, a su vez, hacen lo mismo con los suyos. Y así vamos todos avanzando en la evolución. Y así se explica la afirmación bíblica, que siempre nos ha parecido tan injusta, de que "*los pecados de los padres recaen sobre los hijos*" porque, en realidad, lo que ocurre es que quienes pecaron, o sea, se equivocaron, experimentan luego, en vidas sucesivas, las consecuencias de sus propios errores.

Vista así, la vida es apasionante. Y tiene sentido.

\* \* \*